

ct

Solos

de
Chiuzo Hayz

(fragmento en castellano)

Un salón antiguo de una casa. Paredes deterioradas, rayadas. Puede haber algo de escombros en el salón - las capas de las paredes. Sentada en una butaca o banqueta, una mujer de más de 50 años. A sus pies, un perrito llamado Chanco duerme en una camita. Desde una tablet, ella escribe en su pagina de internet. El en telón se proyectan las frases que va escribiendo. De cuando en cuando va doblando bolsas de supermercado, con las que recogerá las cacas del perro, los escombros de lo que quita de las paredes, o incluso la propia mierda de su vida. Es una acción que desarrolla al largo de la escena.

TELÓN

[Lo que ella digita]

Todas las paredes tienen memoria, mucha, han visto y escuchado de todo. Pero no dicen nada.

Yo ya estoy rendida. Muerta ya.

A la gente feliz no le cuesta hablar.

¿Qué es lo que hace que la vida de uno tenga sentido? ¿Qué es lo que hace que, a pesar de todas las circunstancias, lo que uno es no se reduzca a lo que uno está?

MUJER

[Cogiendo una bolsa de supermercado desde el bolsillo o bajo su culo, empieza a doblarla mirando al público] Hace algún tiempo empecé a rascar las paredes de casa. Yo busco grietas, grietas por donde pueda salir algo. Un recuerdo, una queja, una frase suelta, un consejo. Nada. Las rasuro buscando grietas en su piel, como arrugas bajo el maquillaje, arrugas que dejan entrever lo que una vivió. Pero en esta casa las paredes no tienen arrugas. Siguen plácidamente lisas. O lo disimulan muy bien. No se permitieron esa fragilidad de exponerse, de dejar entrever lo de dentro, lo más íntimo, y quizá revelarme algo. Llevan años y años completamente cerradas. Compactadas. Como un único e indisoluble bloque. Lo que sí tienen son manchas. Eso sí. Manchas de moho, una incoherente mezcla de caducidad y humedad. Ese tipo de humedad creada por el llanto que se seca al aire. No porque salga el sol, sino por rendirse al tiempo. Llevan capas y capas de un moho acumulado que no da señales de quererse ir.

Yo ya estoy rendida. Muerta ya. Sola. Olvidada por mis amigos. Alejada de mi familia que me considera fracasada y curiosamente feliz a la vez. Resignada, quizá. Tengo solamente a esta criatura de cuatro patas que me da aliento y a internet, donde desde la penumbra me desahogo. Chanco. Se llama Chanco. Le recogí en una perrera. Fue desechado por su familia. Mas o menos como yo - aunque la mía sigue diciendo que estoy bien, ahora que estoy lejos y ya no les supongo ningún problema. Nada de crisis, de hablar de mis dolores, de cómo me las apaño. Nada. Absolutamente nada. Incluso en las comidas anuales pasa lo mismo. Hacemos - entre ellos y yo - que todo va bien. Así nos ahorramos energía, lecciones innecesarias, marrones que nadie quiere tragar - con lo de reunirnos todos ya tenemos suficiente como para haber espacio para tragar algo más.

A Chanco le pasa lo mismo. Le dejaron en la perrera porque su familia ya no podía con sus necesidades. Sufre de asma, un pulmón aplastado al nacer cuando la madre, después de parir a él, el noveno y último de la camada, exhausta y fuera de sí, se tumbó sobre él y otros más. Chanco sobrevivió, pero esto le dañó un pulmón y... Por eso le nombraron Chanco. Por el agobiante ruido de cerdo que hace cuando se le atascan las vías respiratorias. Cuando tiene crisis, lo único que le calma es caminar. Da igual hacia adonde. Solo caminar. Hasta que su respiración se normalice. Aun

así, le abandonaron a los cuatro meses. Cuatro meses. No se volvieron a ver desde entonces. Como mi familia, se dirán a sí mismos que está mejor en compañía de otros. Así es más fácil. Para todos.